

DIALOGO POSTUMO CON CARLOS ISAMITT

EDUARDO ELGUETA VILLABLANCA

Podrá parecer hasta un tanto irreverente lo que diga de don Carlos Isamitt a pocos días de su muerte, a pocos meses de conocerlo y de haber hablado en varias oportunidades con él, la última vez, telefónicamente, hará unos treinta días.

Recuerdo todavía vivamente el recibimiento del “abuelo”, como lo mencioné a mis amigos y profesores del Instituto, la primera vez que conversé con él.

—*¿Y usted, quién es?, y ¿qué hace en la Universidad?* Soy ayudante del Instituto de Estética, en el Departamento de Historia del Arte —respondí—. —*¿Y qué más? . . . , pero a mí qué me importa lo que haga*—. El gesto y la mirada impertérrita me mostraron un hombre franco, de esos que no se andan con rodeos; sin pelos en la lengua, como pocos.

Luego, pasamos a su estudio. —*Mire, no estire ese cable, no grabe; es mejor conversar así como lo estamos haciendo ahora; si usted quiere, puede tomar unas notas, pero ese aparato (por la grabadora) es frío, es como conversar con los muebles; me inhibe.*

Ese fue el comienzo de mi primer encuentro con Isamitt. Se rió de las preguntas que le hice. —*Mire: todos preguntan las mismas brutalidades; una pregunta condiciona la respuesta; de todas formas le voy a responder, pero lo más probable es que me aleje y de pronto estemos conversando . . . Esto lo prefiero porque es más auténtico y personal.*

Ese era el hombre. Pero mi perplejidad no paró allí; el quehacer artístico y el compromiso con él eran su vida. El arte, como él mismo lo definió, es vivir, no es una actividad desencarnada, y así se lo puede constatar en las respuestas que dio a mis preguntas. No eran palabras; era un quehacer inagotable. La primera vez que lo vi, estaba terminando de componer una obra musical que dedicaba a uno de sus hijos; luego me mostró una sala

que estaba frente a su estudio, en la que guardaba sus pinturas, desde las primeras que había hecho como estudiante, colgadas en los muros; algunas realizadas en Europa, entre ellas un pequeño retrato que nunca quiso vender, ni siquiera al propio retratado (era un estudio de no más de veinte centímetros de alto por quince de ancho). Este era como un tesoro que guardaba, ya que en él veía una excelente realización. Las paredes ya no daban abasto y la sala estaba transformada en una verdadera bodega en donde se amontonaban los cuadros, unos sobre otros, en el piso. —*Mire: éste es uno de los últimos trabajos que he hecho... Es desde el cerro San Cristóbal; tómelo con cuidado desde los extremos, porque aún está húmedo... He cambiado en el color.*

La visión de esa sala llena de cartones, telas y papeles con dibujos, y el hueco de la ventana utilizado como estante, atestado de trabajos y partituras, no me dejó la más mínima duda de que este hombre vivió para realizar obras, para no detenerse, porque, como él mismo lo planteaba, esto sería estancarse y morir como artista. No era una vida jugada en función del arte, sino que el arte era el único vivir posible.

Para Isamitt, la cultura no era un término que se acuñara, era algo que se hacía y se vivía. Por esto nunca tuvo la actitud paternalista de muchos frente a las llamadas culturas aborígenes; no pretendió rescatarlas. Los mapuches le dieron cultura y él sólo mostró lo que había aprendido de ellos. Don Carlos vivió entre ellos, supo apreciar sus valores y los difundió a los cuatro vientos. Desgraciadamente, como siempre, no se lo escuchó aquí, y sus obras se estrenaron y publicaron afuera. El *Friso Araucano* se editó en Alemania. Aquí, sólo este año (1974) se pensó en grabar y editar un disco.

Para mí, que soy joven, me impactó conocer a una persona que desde el momento en que abrió la puerta de calle y me saludó, se mostró íntegro y franco. No me ocultó nada de lo que pensaba mientras conversábamos y no se manifestó suficiente ni paternalista; muy por el contrario: —*no es a mí a quien corresponde ver mi obra; yo sólo la hago.*

Creo que hay dos frases que lo retratan de cuerpo entero como hombre y como artista: “la función del artista y del ser humano se integran única y exclusivamente en el vivir”, y “hay que ser capaz de volcarse y vivir todo aquello que nos rodea y vale la pena vivirse”.

A Carlos Isamitt lo veo, y lo vi, como un hombre entero, que fue capaz de alinearse y comprometerse en totalidad con el arte, haciéndolo vida y viviéndolo, a la vez que fue capaz de abrirse a aquellos valores que el hombre le ofrecía, especialmente aquellos a los cuales el chileno ha estado cerrado y hasta ha olvidado; valoró en su medio al mapuche y no fue a enseñar o a rescatar, sino a aprender de él su ser íntimo y su cultura.

Por esto no ha muerto. Está vivo en su obra y ésta no pide que se la rescate, sino que se la escuche, y en ella al hombre a través del cual respiró entre nosotros el arte y la humanidad.

Gracias, “abuelo”. Has dejado en este amigo una huella profunda. Te he visto como un hombre íntegro, de una vida plena, no sólo en palabras, sino en obras que hablan por sí mismas.

1. *¿Cómo ve el conjunto de su realización musical?*

Yo no la veo, no la puedo ver, no es a mí a quien corresponde verla. Yo sólo la hago. El hecho de que me detenga a verla significaría que me estoy situando; el situarme me lleva a detenerme, y si soy un creador, no puedo detenerme, debo siempre seguir buscando e ir adelante.

Es cierto que una obra me sirve como punto de referencia para la siguiente; voy adquiriendo nuevas experiencias y modificando algunas cosas. Una obra me lleva a la otra, pero en ningún momento puedo detenerme a mirar. Creo que sí puedo apreciar mi obra en totalidad y sentirme satisfecho dentro de lo realizado, pero más allá de esto, no. Son otros los que tienen que ver y apreciar; es el espectador, es el crítico, es el público; uno sólo debe realizar obras.

Además en una obra hay dos partes, una consciente, que pienso es la mínima, y otra parte inconsciente que a uno siempre lo está guiando e impulsando a realizar nuevas obras.

Le pongo un ejemplo: en Asís, mientras paseaba de noche, escuché unas campanitas. Eran dos sonidos diferentes. Como de costumbre, saqué mi cuaderno de notas que nun-

ca abandono, y anoté esos sonidos. Hice con esto una primera estructura; luego traté de redondear una obra, pero no lo conseguí. Tiempo después cruzando el puente Pío Nono, me detuve a mirar el letrero de una zapatería. Llamó mucho mi atención una línea en espiral. Esto (aunque raro le parezca), me llevó a continuar esa primera estructura, surgió una segunda estructura, que colaboró con la primera y redondeó una obra. El resultado: un estudio para piano.

Hay, pues, un elemento consciente, las notas que tomé de las campanas en Asís, y el inconsciente, toda esa segunda parte. El detenerme ante ese letrero, sin saber conscientemente el porqué lo hacía. De esto me di cuenta muy posteriormente cómo me sirvió y dio los elementos necesarios para completar una obra.

Sin embargo, hay muchas cosas que uno después que las hace, y a mí así me suceden, no logro saber el cómo resultan; por tanto, no puedo ver, ni detenerme a enjuiciar o realizar una crítica a mi obra, en forma absolutamente real, racional, y consciente. Hay sí, momentos en que me doy cuenta de errores dentro de mi obra. Los corrijo, pero, hay otra serie de cosas que surgen y son inconscientes, en mi caso muchas. No puedo detenerme a pensar el porque son así, simplemente resultan.

El detenerme sería por otro lado limitarme. Desde el momento que me detengo solamente a enjuiciar mi obra, a ver cómo resultó me sitúo y por tanto me limito; como creador busco más allá, voy realizando y saltando de una obra a otra, cuando la siento completa; si yo me pusiera sólo a ver lo que hago, desde ese mismo momento, comenzaría a repetir.

2. *¿De qué manera se ha integrado la búsqueda personal con las necesidades artísticas del medio?*

Si yo me estuviese preocupando de lo que el medio quiere de mí, me estaría limitando, me estaría dejando determinar por todo aquello que me rodea.

Es cierto que el medio me ofrece una serie de cosas, pero debo saber vivirlas, acatarlas,

apreciarlas, y sentirlas en su justo medio; pero ello no debe ser fuente que determine absolutamente mi obra, porque no son los elementos del medio los que yo voy a transcribir tal cual, yo los voy a sentir y a reproducir, pero como yo los vivo y los siento.

Es así como he realizado toda mi experiencia dentro de la música araucana, si bien en su parte fundamental los frisos araucanos por ejemplo están tomados de lo que los araucanos me ofrecieron de sus cantos. Esa parte está tal como ellos los interpretan. El resto, toda la organización de la estructura orquestal, es su forma de vivir, son sus modos, es el ambiente, es todo lo que les rodea.

Es verdad que es importante el medio en el cual uno se desarrolla y la forma cómo influye en uno, yo no desconozco esta influencia en mi obra, así lo estimo y lo acepto. Pero no creo que éste sea en definitiva el que está informando totalmente mi obra. El ambiente y todo aquello que nos rodea, las personas y las cosas, nos ofrecen una serie de elementos muy importantes que hay que estar abiertos a verlos y a vivirlos. Tenemos que pensar que no estamos encerrados, sino en un espacio, estamos viviendo en este espacio y todo nos llega, todo está a nuestro alrededor y está hecho para nosotros. Cada cosa hay que saber estimarla y aprehenderla tal cual como le contaba en un comienzo acerca de esas campanas de Asís y de ese letrero de la zapatería que yo nunca pensé me darían tanto.

No busco agradar, si consideramos medio al que ve, o escucha mis obras, ni siquiera al crítico; estoy dando en mis obras lo que siento y vivo.

Hay que estar muy abierto al medio; me recuerdo, por ejemplo algo que me sucedió en Pichilemu, un día que salí con el propósito de pintar, y como de costumbre recorrí Pichilemu y nada me pareció satisfactorio, tanto que al volver en la tarde a la casa me dije: “Saldré mañana en el primer tren, me voy, Pichilemu no me ofrece nada digno de mí”. Estaba totalmente cegado, no me había dado cuenta que todo el bagaje de conocimientos que yo traía, adquiridos en la apreciación y estudio de un pintor, me estaba limitando, y determinando, no dejándome ver todo lo que este medio, Pichilemu, me estaba ofreciendo. En la noche reflexioné y de pronto me dije: “no me voy, ¿cómo este lugar no va a tener nada que ofrecerme y que sea digno de mí?”, parecerá una presunción, pero así lo

dije. Me gusta ser auténtico y vivir y manifestar las cosas tal cual como las vivo y las pienso. Al día siguiente salí de nuevo a recorrer y me di cuenta que todo lo que yo había estudiado de Camille Corot, me estaba influyendo de tal manera que no me dejaba ver el color, la atmósfera y todo lo hermoso que tenía Pichilemu; al mirar la obra de Corot me había quedado en tal forma impresionado de él que yo buscaba en Pichilemu todo el color, las formas y la atmósfera que él daba, pero que Pichilemu no las tenía porque dentro de este lugar había otro color, otra riqueza, otro ser.

Hay que saber ver, estar abierto a vivir, esto es lo grande que nos ofrece todo aquello que nos rodea y que llamamos medio. Pero con respecto a la otra acepción de medio, el satisfacer al espectador y al crítico, eso no lo considero un problema mío, es asunto de él; él puede escuchar, ver y criticar; yo vivo, hago y entrego.

3. *¿Sobre qué postulados estéticos fundamentaría su obra en su doble aspecto: plástico y musical?*

Volvemos a caer en lo mismo, en una serie de vallas que limitan al hombre como creador.

La estética es para los estetas y críticos. Yo conozco postulados estéticos, eso no lo voy a negar, pero pienso que estos no deben dominar la obra. Cuando estoy trabajando, vivo lo que estoy haciendo, no me preocupo de todos esos fundamentos y postulados estéticos sobre los cuales podría basarse mi obra; sólo vivo y plasmo en obras todas mis vivencias tanto en lo plástico como en lo musical.

Es posible que haya una serie de elementos de la música anterior o antigua que vivan en mí, pero yo no pienso en ellos. Vivo, me muevo en este espacio y son mis vivencias y toda mi existencia lo que se va plasmando y va viviendo en cada obra.

Los araucanos, por ejemplo, me abrieron un camino y me dieron una serie de elementos que yo vivencié e incorporé a mí, y luego los volqué en algo: los frisos araucanos.

Más adelante, Dn. Carlos al mostrarme sus pinturas me hacía ver como si bien en ellas podría establecerse una relación con la pintura de los Impresionistas, éstas no eran tales, porque si como a los impresionistas a él le interesa el exterior y el aire libre, le gusta por los problemas que presenta y por que los desea resolver.

Ve la relación que él puede tener con los impresionistas, con la forma de empleo del color, o la relación colórica que establece entre las formas situadas en diferentes planos, pero fuera de esa sutil relación de color que pone entre los elementos del cuadro no hay ninguna otra semejanza ni parecido con ellos.

Igual en su música, él no pretende ni ha pretendido nunca seguir a los grandes maestros, ni a un Haendel, ni a un Bach, ni a un Debussy, ni a nadie. Es cierto, dice, que los araucanos me dieron los fundamentos de los frisos, que son muy ricos, pues es toda una cultura absolutamente diferente a todo lo que hay en el mundo, con su ritmo propio, con su sonoridad propia y es eso lo que he tomado y he hecho fundamento de una buena parte de mi rehacer musical.

4. *¿Cómo podría integrarse en una sola persona la función del artista y del ser humano?*

Es única y exclusivamente el vivir, nada más que eso.

Ser capaz de volcarse y vivir todo aquello que nos rodea y que vale la pena vivirse.

Es captar todo aquello que está a nuestro lado, disfrutarlo y apreciarlo, mirarlo, estimarlo en todo lo que posee, en todo lo que ello es, y para esto nunca uno debe estar pensando en lo que cree que sabe. Incluso en conocer. Esto aclarará más la pregunta de si hay o no postulados estéticos que fundamenten mi obra. Todo aquello que yo sé, me limita, no me permite conocer una serie de cosas que yo desconozco. Le voy a poner un ejemplo: en los siete años que viajé, viviendo entre los araucanos y huilliches, llevaba conmigo una linterna, pues muchas veces regresaba tarde a mi casa, y con ella podía alumbrarme el camino; ésta permanecía encendida mientras yo mantenía apretado un botón. Cierta vez, al volver de haber recogido unas leyendas, de pronto se me escapó el

botón, traté de buscarlo para volver a encender mi linterna, pero me dije: “sí, me voy alumbrando el camino, para no tropezar, para no perderme”, pero, ¿por qué no abro un poco más mis ojos y vivo todo lo que este bosque me ofrece en esta noche? Era nada más que abrir los ojos, abrir un poco más las pupilas y realmente conocer, porque con ese rayo, con ese camino que me hacía la linterna, me estaba perdiendo de conocer todo lo que estaba más allá de la luz.

Hay que saber sumirse y vivir cada cosa, todo lo que vale la pena vivirse, es así como el ser hombre y artista, es sólo un “saber vivir”.

5. *¿En referencia a su labor en el campo del Folklore?*

Creo que al responder las preguntas anteriores ya hice algunos alcances. Siempre que estuve entre los araucanos y los huilliches, fui tomando notas de todo, siempre abierto a escuchar, a buscar, a conocer todo lo que me era desconocido.

Aprendí primero la lengua, para poder entrar, pero me costó meses y años llegar a la riqueza de sus cantos. Pero todo se consigue estando abierto. Escuche, le voy a tocar el comienzo de la Quinta Sinfonía de Beethoven (se sienta al piano y la ejecuta), y ahora le voy a tocar el comienzo de un canto huilliche. ¿No se da cuenta que tiene la misma sonoridad y un muy parecido sentido, y que tiene tanta riqueza musical uno como otro, que el canto huilliche no tiene nada que envidiarle a la Quinta Sinfonía? y, para mí, este canto huilliche es mucho mejor en su introducción, porque está mucho mejor estructurado como forma musical, aunque en definitiva poco me importan las estructuras.

Por eso siempre ha sido para mí muy importante lo que nuestro pueblo posee. Desde allí parte todo lo que he realizado en el campo del folklore; es como todo un saber abrir los ojos, es olvidar todo lo que uno cree es conocimiento, pero que en definitiva nos está cerrando el paso a todo esto otro que es cultura.

Recuerdo una noche, en la que después de haber desaparecido durante un buen tiempo, me encontré con Claudio Arrau y una cantante, y me preguntaron, ¿qué has estado ha-

ciendo desaparecido durante tanto tiempo? Estuve entre los araucanos, respondí, y ella dijo: ¿cómo, entre esos salvajes?, yo abrí mi carpeta y les pasé esa canción de cuna de la machi que yo le mostraba hace un momento. Claudio la leyó y comenzó a tocarla; ella la tarareó, primero, luego la cantó. Ambos dijeron: “Es la más hermosa canción de cuna que hemos escuchado en toda nuestra vida”.

Es que entre los araucanos hay otro sentido y proporción de las cosas, es otra forma de vivirlo todo. A quién, por ejemplo, se le hubiese ocurrido cantarle al buey que tira del arado, diciéndole: “mi gran buey, mi hermoso buey”. Este trato por el animal y este cariño con el que le trata, no es propio de nosotros. Esto es lo que yo he traído y he volcado en los frisos araucanos, y en general en toda la música folklórica araucana. Todo lo que he escrito sobre música araucana, no son cosas que yo haya inventado; he tomado exactamente sus cantos, los he llevado a la pauta tal cual como ellos los cantaban; lo que es mío es el ambiente, aquello que me ha dado su vida, el canto de los pájaros, el agua, el paisaje, los colores, lo que se ve y se vive, todo esto está en el acompañamiento orquestal. Eso lo he puesto yo, pero creo que tampoco es un invento mío, todo eso me lo dio el medio.

6. *Su opinión sobre la música y los músicos en nuestro país.*

Es fenómeno, integrado a una complejidad de problemas que la Antropología Cultural, como ciencia, busca explicar y comprender.

El interés habitual que siento por este medio de conocimiento, no me consiente opinión improvisada, sobre lo que sucede en la vida musical chilena. Ciertos aspectos sobresalientes, dominantes, son producto de causas diversas, que hacen indispensable profundizarlas, destinarles atención y tiempo, para llegar a estimar lo que han significado como “fuerzas creadoras, acontecer social y cultural”.

Esto hace necesario, una información precisa, auténtica, de circunstancias, relaciones significativas, de especie: sociológica, económica, política, de carácter cultural, psicológica,

etc., realizada durante un tiempo. Sólo de este modo es posible establecer un juicio sobre el problema.

Esta convicción me impide, por el momento, corresponder como me habría sido grato hacerlo a la deferencia que se ha tenido para consultarme sobre tan importante motivo relacionado con la cultura musical.